

## JOSE MARTI

por Manuel de la Cruz

### I

**E**l cuarto, frío y silencioso, sobrecoge el ánimo. No es un nido vacío, mejor recuerda una tribuna rota, un taller que se transforma en sepulcro, en relicario de memorias dolorosas. De allí, como alondras, echaron a volar estrofas que eran raudales de poesía, allí nacieron las arengas que habrían de resonar, entre nubes irisadas de imágenes esplendentes de color y de luces, o entre oscuridades de metáforas incompletas como bocetos de Rembrandt, a manera de trompa épica, removiendo la conciencia popular y adobando la fibra, a su sugestión nerviosa y candente, para las reivindicaciones trágicas. Allí el tribuno meditó sus oraciones, cinceló sus cantos el bardo, forjó sus frases, sus períodos mórbidos y pintorescos el escritor infatigable, obsedido por sus preocupaciones de artista, y dejó huella profunda el obrero perseverante y luminoso de los más grandes y más nobles ideales.

Raro es el libro que no muestra, como estrella de luz, el vestigio de sus meditaciones, la acotación que le iba sugiriendo la lectura rápida, en el tráfigo de una vida que fué en gran parte un torbellino, dedicación profunda a actividades diversas, vida de melancólico abnegado. Ya es Emerson, a quien, como a Carlyle, amaba acaso por la forma extraña y el fondo místico de sus concepciones; ya es Poe, a quien debía admirar, como imaginativo vigoroso y audaz, por su maravillosa imaginación, por sus osadías de crítico, por la genialidad de su temperamento artístico; ya es, en fin, el libro del compatriota, que le reproduce, como en suave melopea, oída sólo con el corazón, ecos y rumores

de la tierra natal, lejana y martirizada, y que le arranca notas marginales que son ayes del alma, gritos de cólera o alaridos precursores de próximas luchas. Y aquí y allí, en el blanco del diario, en una cuartilla, la sentencia o el bosquejo de un artículo, escrito con mano rauda, en caracteres ininteligibles. La mayoría de sus libros eran libros de América. Oyuela, Obligado, Mitre, López, Vicuña Mackenna, Calcagno, Montalvo, Palma, Peza, Prieto... Eran sus favoritos, los más leídos, los que saturaban de americanismo latino su alma americana, que había bebido a raudales, viajando o leyendo amorosamente, efluvios de la naturaleza y auras del espíritu de esas sociedades en cada una de las cuales, por juro de simpatía, hubiera podido tomar carta de naturaleza. En la Argentina como en México, en Chile como en Guatemala, hubiera sido reputado como un representante, porque todo lo que en América, como sociedad nueva, democrática y republicana, es negación del espíritu europeo histórico y clásico, todo eso tenía una cualidad en su ser, todo eso, en formas diversas, se encarnaba en su personalidad, tan llena de alientos y de anhelos. Así se concibe que el alma americana vistiera de duelo por su muerte, que su trágico fin arrancara tantas lágrimas, que todos vieran en la víctima ilustre un hombre símbolo que desaparecía.

Cuando se siente el frío del aposento, solitario y mudo, y se mira la mesa de trabajo, polvorosa y recargada de diarios, folletos y libros, y se tornan los ojos al campo humeante y ensangrentado en que rodara acribillado a balazos, el contraste entre su vida de apóstol casi romántico, artista y refinado y su fin de mártir, impone a la fantasía la apoteosis de la leyenda. Y aun esa leyenda que va rodeando su figura como un nimbo de destellos de oro, es leyenda americana, es decir, realidad que empieza con todos los deslumbramientos de una fantasía poderosa que tiende sus alas de cóndor y se baña regocijada en luz del sol y acaba por cruento sacrificio, desplomándose del corcel de guerra, arrebatado por el fragor del combate, poeta que acaba como soldado, tribuno que expira como héroe. Eso es América. Murió como había soñado morir, como había profetizado que moriría. Y murió como actor prominente en la que puede ser postrimera tragedia de redención americana, último duelo a

muerte entre la sociedad nueva y la metrópoli europea, monárquica, hierática, prefiriendo siempre las catástrofes de la epopeya a las magnánimas concesiones del derecho, del humanitarismo y de la civilización. Y así considerado, si para sus compatriotas es un héroe mártir, para toda la América, que creó la tradición gloriosa de la independencia, que llenó su alma de nobles ambiciones con el ejemplo de sus próceres, Martí es también un mártir que ya tiene su nicho en el panteón de esa pléyade de glorias americanas, más grandes y más amadas mientras mayor fué su tenacidad y su consagración a la causa de la patria, que crearan con el filo de la espada o con las concepciones de sus almas privilegiadas.

Martí pudo recorrer tan vasto y complicado cielo por su vehemencia y su perseverancia.

Hijo de aragonés, o derribaba el obstáculo o perecía junto a él. No hay rasgo de su vida en que no surja en todo su relieve su voluntad de hierro. Hecho el propósito, no sometía a cálculos el esfuerzo: ¡A vencer! Este era su grito heroico. El visionario que sus enemigos representaban como inofensivo fabricante de figuras retóricas en perpetuo, incurable desvarío desató guerra formidable sobre la colonia, que parecía sorda a sus cantos de sirena. Su vehemencia era el alma de su oratoria. Por esto se concibe fácilmente cómo pudo ser orador popular, popularísimo, hasta despertar la idolatría, siendo de suyo orador de estilo elevado, esencial y profundamente literario, quintaesenciado y frecuentemente oscuro. Su vehemencia vibraba hasta en el timbre de su voz; según los que le oían habitualmente, pocos oradores han dado a su palabra el tono, el calor y la fuerza que imprimía Martí a sus discursos. Era improvisador, y su imaginación nunca le fué infiel, aun cuando escalaba la tribuna sin más preparación que la fatiga abrumadora de la cotidiana faena, toda de pura labor mental. Y fuera de la tribuna, en el diálogo, en la conversación íntima, la magia de su palabra era más atrayente y profunda, más sugestiva y poderosa la fuerza de su vehemencia. Así se explica y concibe que llevara a cumplido término la obra a que consagrara todos sus esfuerzos, haciendo del afiliado un sectario, un fanático político, un creyente en quien la potencia

de la fe determinara la acción eficaz, que ni vacila ante el sacrificio ni se amedrenta ante el holocausto.

La oratoria, con sus recursos habituales, no realiza estos milagros. Para ello es preciso que entre como primordial elemento una sinceridad profunda, y la sinceridad ha de ser fruto de un corazón sano. Un hombre bueno, sencillo, ingenuo, es de suyo un caudal ignoto de elocuencia: si a aquellas cualidades se alían la energía del carácter y la soberanía de la inteligencia, consagradas al servicio de una causa que está en estado latente en cada conciencia como aspiración más o menos vaga, como ideal más o menos definido de bienestar colectivo, entonces esa elocuencia revestirá los prestigios del apostolado, reviviendo en nuestros días de zozobras y de crisis mentales períodos semejantes a los del profetismo israelita. De aquí que el orador llegue a ser verbo de su auditorio: que éste sea —sociedad, pueblo o nación— una gran alma que tiene una sola voz para expresar sus emociones; que esa voz sea un hombre, una encarnación y que la apología del representativo sea como la síntesis del elogio a que son acreedores los representados.

Los que mantienen vivo el culto a los grandes idealismos se descubrieron con respeto y derramaron lágrimas de dolor ante el cadáver del hombre que en las postrimerías del siglo había ido a los campos de su patria a ofrendar su vida por ideales históricos.

Pero con él fueron al sacrificio, al ara trágica, millares de hombres que comulgaron con su palabra, vibrante de emoción y de poesía, que como él amaron la libertad y tenían el impulso heroico del desprecio de la hacienda y de la vida. Su elogio, por lo mismo será el elogio de su pueblo, del que ha venido a ser, en días de sangre y de revueltas, alto y luminosísimo exponente.

## II

Acababa la cruenta guerra de los diez años (1879), volvían los emigrados al seno de la patria, desgarrado el corazón por aquel esfuerzo titánico, muchos sin fe, sin esperanzas, todos resignados y prestos a reanudar con la misma porfía de la guerra la

labor interrumpida. Se recogieron los escombros, y con ellos empezaron a levantarse sobre las ruinas las nuevas fábricas. Parecía iniciarse una nueva era. En aquellos días renacieron los liceos y las academias. Muchos de los que en ellas habían alzado la voz en torneos literarios, en debates especulativos de estética y filosofía, habían sucumbido en el trágico decenio, unos combatiendo, otros, menos afortunados, en la plataforma del patíbulo. La primera solemnidad literaria con que se inauguró aquel período de renacimiento fué —triste augurio— una velada fúnebre. Un poeta mediocre, Alfredo Toroella, después de un martirio análogo al que soportara el ilustre Heine, acababa de morir en su mismo pueblo natal, tras largos años de expatriación. Poco antes de expirar, brotó de su lira la más melodiosa y sentida de todas sus poesías: La obra maestra fué su último gemido de enfermo y el más triste y conmovedor de los epitafios. Los que acababan de restituirse a sus hogares se congregaron para tributar un homenaje de afecto a aquel pobre emigrado que vivió gimiendo en tierra extraña, mordido por el dolor físico y agostado por las torturas de la nostalgia. La triste vida del poeta, la imagen de sus huérfanos, que quedaban sin pan y sin abrigo, la tristeza de las almas allí congregadas, cual más, cual menos, llena de recuerdos amargos, de heridas no cicatrizadas aún, daban a la solemnidad el aspecto de un funeral. Las plumas, las flores, los rizos, el perfume, el color de la juventud, no desvanecían la sombra de melancolía que flotaba en el aire y saturaba las almas.

Hizo la apología del poeta difunto un orador casi desconocido, pues el único discurso que hasta entonces había pronunciado había circulado poco, era pecaminoso y no presumía de oración de vuelo. Era un brindis en un banquete político altisonante y con cadencias de estrofas, en que ofrecía alzar su copa si la evolución se encaminaba a lograr toda la soberanía compatible con la más alta dignidad del ser humano, y quebrarla y desertar del festín si no se levantaba el pecho varonil y fuerte para afrontar con brío todas las adversidades del destino. Este brindis le hizo sospechoso, pero no popular. La oración fúnebre de Toroella fué el estreno de la oratoria de Martí. Aun creó verle, aun resuena en mis oídos su acento, con tono gemebundo y dicción clara y esmerada, propia del que habla para grabar la palabra en la men-

te y en el corazón. Breve, sobria, doliente, la elegía, serena y cadenciosa, fluía tranquila y fácil como el llanto. De vez en cuando un arranque tribunicio ponía alas al período y revoloteaba alto, como águila que parece que va a posarse en el sol. Allí estaba, completo, aunque no en la plenitud de su desarrollo, el orador de la propaganda revolucionaria, el artista que supo conquistarse tan grande y legítima reputación en el mundo neolatino. Su auditorio lo oía con regocijo, con religioso recogimiento. Al pronunciar la frase final fué aclamado. Tuvo aplausos y recogió flores que habían perfumado senos y cabelleras. Estaba anonadado por la emoción y el triunfo. Vuelve ahora a aparecer a mis ojos, la frente amplia y luminosa, encendidas las mejillas, arrasados los ojos, vivos y profundos. Allí nació su popularidad, al lado del cadáver de un poeta que gimió en el destierro por su amor al ideal de la independencia patria. Aquella misma noche, en la misma tribuna, para pagar un tributo de amorosa gratitud al poeta difunto, recitó unos versos Juan Gualberto Gómez, el escritor que más tarde ganaría lauros y fama con su pluma de periodista. El mulato, que iba a verter una lágrima en el sepulcro del hombre que había mirado con piedad y ternura a los hombres de su raza, hacía también su estreno aquella noche... Pasaron los años, José Martí vino a establecerse a esta ciudad de Nueva York; Juan Gualberto Gómez fué a Madrid a secundar en la prensa y en la tribuna la campaña abolicionista iniciada por el infatigable publicista Rafael María de Labra. Regresó Gómez a La Habana, y en 1894, era en la isla el agente más activo, más hábil, más osado y perseverante de José Martí, delegado del partido revolucionario cubano. Hoy el cuerpo destrozado de José Martí yace en un sepulcro del cementerio de Santiago de Cuba, y Juan Gualberto Gómez, su amigo, su aliado, yace en una mazmorra del presidio de Ceuta, víctima de una sentencia inicua. Ambos afrontaron el sacrificio por la misma causa. La noche de recuerdo luctuoso en que uno y otro hicieron su aparición en la tribuna, fué como el desposorio de sus conciencias. Desde entonces los unió la más cordial y sincera amistad, y la ola tumultuosa de la revolución, trágica y ciega en sus furores, separó sus destinos fundiendo sus almas. Gómez vió siempre en Martí el apóstol, el guía, el jefe, lo amó entrañablemente y fué de los pocos que, desde el primer ins-

tante, tuvieron fe en su probidad de hombre público, en sus concepciones de agitador, en su sinceridad y en su entereza de revolucionario.

Lejos de Cuba, su ascendiente en su patria era secundario y débil. La influencia social estaba vinculada en los oradores del partido autonomista, en relación constante con el pueblo, sobre cuya conciencia actuaban constante y eficazmente. Los discursos del orador emigrado apenas llegaban a los oídos de sus compatriotas: las hojas que los llevaban a la isla eran secuestradas por la policía. Martí, demócrata por convicción y por abolengo, enderezó su elocuencia al pueblo cubano emigrado en los Estados Unidos, que ascendía a más de 25.000 individuos, obreros y productores en su mayoría. Les dió por programa su ideal, la redención de la patria, los organizó y disciplinó, y esperó el momento en que la evolución política, como él había previsto, culminara en un fracaso. Llegado este momento histórico, desapareció como por ensalmo el prestigio y la popularidad de los autonomistas, y al conjuro del "metaforista delirante", del "histórico pictórico", del "desequilibrado" y del "cerebral", como piadosamente le llamaban sus adversarios y enemigos, cayó un partido y surgió una revolución formidable y popularísima. Habló al corazón del pueblo, le dió cita para el porvenir, cita trágica, y el pueblo que es artista por intuición, leal y noble, acudió al llamamiento. ¿Por afán de ganar aplausos y homenajes? No; por impulso invencible de su sinceridad. Martí compartía en pobre mesa el pan del obrero; del anarquista empedernido, con su lógica y su persuasión seductora, hizo un revolucionario práctico y humano; del holgazán hizo un ciudadano útil y laborioso; del enemigo un aliado consecuente; del indiferente, un patriota exaltado hasta el fanatismo. El que recorra las ciudades del Estado de Florida, donde plantó su tienda la mayoría de la emigración cubana, se da cuenta a seguida de cómo el amor de aquella gente hizo de José Martí un ídolo. Cuando iba de peregrinación a aquellas tierras, iba de triunfo en triunfo, aclamado como un Mesías, oído como un profeta. Fué, en gran parte, el educador de su pueblo. Cuando circuló la noticia de su muerte, el primer impulso fué el del que rechaza una idea como una impostura sacrílega. Precedentes inolvidables y circunstancias accidentales y típicas die-

ron margen, primero, a que se pusiera en duda la veracidad de la noticia, después a que se creyera, no sin fundamento, que la noticia de su muerte era una patraña echada a volar por el gobierno de España para desconcertar y desorganizar al partido revolucionario. Se creyó en su resurrección, y ésta se festejó con manifestaciones inauditas de alborozo. Cuando se tuvo el convencimiento de que no era una fábula el drama de Dos Ríos, la exaltación patriótica llegó a su colmo; entonces creció y fué más unánime el sacrificio de sus idólatras para mantener la guerra que él había encendido y predicado, y en la que había sucumbido en la apoteosis del martirio.

### III

Era Martí un espíritu melancólico, un alma triste. El discurso con que inauguró su ciclo revolucionario, pronunciado en Tampa, es un ejemplo acabado de la tristeza latente en su naturaleza. Y la expresión más constante y varonil de aquel estado de su ánimo era el presentimiento, casi el deseo, de sucumbir en Cuba peleando por la libertad, al pie de aquellas palmeras que Heredia echaba de menos en las márgenes del Niágara, y que él pintaba airosas, esculturales y susurrantes en sus arengas patrióticas.

Raro es aquel de sus discursos en que no surja aquel presentimiento; puede decirse que desde el primer instante firmó el pacto de morir combatiendo por el ideal que predicaba. En la carta-manifiesto en que invitaba, en el período de la conspiración, al general Máximo Gómez a que aceptase la dirección suprema del ramo de la guerra, no le invitaba a recoger laureles y a terminar gloriosamente la obra interrumpida en 1878, no; lo invitaba a que abandonase su hogar y fuese a Cuba, desnuda la espada, a morir peleando por la independencia. La carta, ya famosa, en que daba el último adiós a un escritor dominicano, escrita la víspera de salir para Cuba, que es un modelo de ternura, de elevación moral y que conmueve y trae sollozos al pecho más frío, presagia su próximo fin.

Ya se había desposado con la novia pálida y yerta, con la última musa de los que han amado y sufrido los dolores más profundos y silenciosos.

Máximo Gómez trató de impedir a toda costa que Martí le acompañara a la isla. Toda la energía, todo el imperio, toda la natural elocuencia del caudillo respetado por sus años, la fuerza de su carácter y el prestigio de su gloria, nada pudo contra el firmísimo propósito de Martí.

¿Cómo podía regresar al extranjero, por trascendental y necesaria que fuese su gestión como delegado diplomático, si viviría atormentado de continuo por el remordimiento de no estar al lado de aquellos, que, a su llamamiento, habían acudido a derramar su sangre por la causa de la independencia?

Y con ese argumento, logró desarmar y convencer al caudillo, que lo amaba como a un hijo predilecto.

Afrontando riesgos, la vigilancia del crucero y la cólera del mar embravecido, llegó a Cuba. La primera fuerza rebelde a que se incorpora, por orden del general Gómez, aclamó a Martí mayor general. Al lado del generalísimo iba de campamento en campamento, ebrio de felicidad, recibiendo ovaciones. A su paso concertaba voluntades y recogía sufragios para organizar el gobierno de la república.

Marchando de oriente hacia el centro, siempre al lado del general en jefe, se inclinaron hacia el sur, donde el Contramaestre vierte sus aguas en la corriente caudalosa del Cauto. Aquí apareció el enemigo. Gómez exploró el campo y creyó propicia la ocasión para librar un combate de efecto. Su primera precaución fué ordenar a Martí que ocupase el lugar de menos peligro, y cumplido este deber, marchó a dirigir el combate. Cuando estaba más empeñado en éste, un ayudante le llevó la triste nueva de que Martí, desobedeciendo sus órdenes, se había lanzado a la pelea y caído a los primeros disparos de la tropa española. Gómez, desconcertado, cargó entonces a la cabeza de sus jinetes para rescatar el cadáver de su ilustre amigo; pero la tropa había perdido la fuerza de la acometida, y el mismo general Gómez estuvo a punto de perder la vida, confesando que aquel arrebato lo puso en tan grave peligro cual no recuerda otro en su larga carrera de soldado de grandes audacias. Malogrado el esfuerzo, rodeado de gente bisoña en su mayoría, renunció al empeño y siguió su ruta para realizar su paso estratégico de oriente a centro. No murió Martí porque, jinete inexperto, el brioso caballo

que montaba lo llevase en frenética carrera hacia las filas españolas, sino porque se le presentó la ocasión, que perseguía con ahinco, de iniciarse en la vida de soldado. Cargó y tuvo la desgracia de caer herido de muerte en el ímpetu de la carga. Su cadáver rodó a los pies de sus enemigos. Identificado por el guía, fué sepultado, y luego desenterrado, embalsamado, conducido a Santiago de Cuba, donde tuvo lugar el sepelio definitivo, entre la general incredulidad, estimulada por todas estas insólitas circunstancias. Dos correos, expedidos por el general Gómez, dando cuenta del suceso a las emigraciones, fueron capturados por los españoles, y la prensa de La Habana, adicta al gobierno metropolitico, discutía la veracidad de la noticia, que era —decía— una versión presentada con todos los caracteres de una fábula aparatosamente urdida.

La convicción, adquirida a tan caro precio, tras tanta zozobra y tanta esperanza malograda, produjo tal exaltación en los ánimos, que el obrero duplicó su contribución voluntaria para la guerra y las madres tenían que vigilar a sus hijos adolescentes para que no se escapasen a engrosar las filas revolucionarias.

En esta ciudad (en febrero de 1892), refiriendo una de sus excursiones a las poblaciones alzadas por el trabajo cubano en el Estado de Florida, decía Martí:

“Yo amo con pasión la dignidad humana. Yo muero del afán de ver a mi tierra en pie. Yo conozco la pujanza que necesitamos para echar al mar nuestra esclavitud. Ni mucetas ni diplomas me admiran tanto como el poder crear, con los retazos de un pueblo de amos y de siervos que fué echando la casualidad sobre la roca, un pueblo que pecho a pecho lanzó al mar el crimen con que lo envenenaban, y levantó sin ayuda ni modelo, donde los que le hubieran podido servir de ejemplo nada habían levantado, la casa de trabajo en que viven en paz, con la franqueza y energía del pecho libre, los hombres de razas y procedencias diferentes que un sistema de odio crió cuidadosamente para esclavos . . . La armadura se veía bajar del cielo, y el ritual lo leía la patria en la sombra, y las mujeres volvían a dar al hombre la caballería, y juraba el hombre llevar mientras viviese el acero cosido a la muñeca, ¡el acero de que se fabrican a la vez las plumas y las espadas! . . . Los pueblos, como los volcanes, se labran en la sombra,

donde sólo ciertos ojos lo ven, y en un día brotan techos, coronados de fuego y con los flancos jadeantes, y arrastran a la cumbre a los discretos y apacibles de este mundo, que niegan todo lo que no desean, y no saben del volcán hasta que no lo tienen encima. ¡Lo mejor es estar en las entrañas y subir con él! . . . El niño levanta al cielo el clarín en que lo ensaya el padre, y la mujer de Cuba no ha olvidado todavía el modo de ceñir el machete a su esposo, en la casa de palmas . . . Estamos aquí para decir que le cumplimos a la patria lo que teníamos ofrecido, y que en la hora en que las fuerzas disueltas que luchan fuera de la realidad echan las manos al cielo, y se entran despavoridas por los bosques, los bosques no estarán solos, porque nosotros los tendremos poblados. ¡Estas citas que nos estamos dando a un tiempo, este abrazo de los hombres que ayer no se conocían, esta miel de ternura y arrebatado místico en que se están como derritiendo los corazones, y este arranque brioso de las virtudes más difíciles, que hacen apetecible y envidiable el nombre cubano, dicen que hemos juntado a tiempo nuestras fuerzas, que en Tampa aletea el águila, y en Cayo Hueso brilla el sol, y en Nueva York da luz la nieve, y que la historia no nos ha de declarar culpables!

“Otros llegarán sin temor a la pira donde humean, como citando con la hecatombe, nuestros héroes; yo tiemblo avergonzado; tiemblo de admiración, de pesar y de impaciencia.

“Me parece que veo cruzar, pasando lista, una sombra colérica y sublime, la sombra de la estrella en el sombrero; y mi deber, el deber de todos nosotros, mientras nos queden pies, es ponerse en pie y decir: ¡Presente! . . .

“El verdadero hombre, el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir sin una sola excepción, está del lado del deber. Y si falla, es que el deber no se entendió con toda pureza, sino con la liga de las pasiones menores, o no se ejercitó con desinterés y eficacia. No estamos aquí para decirnos ternezas mutuas, ni para coronar con flores de papel las estatuas heroicas, ni para ofrecer sobre el pedestal de los discursos lo que no podemos ni intentamos cumplir, sino para ir poniendo en la mano tal firmeza que

no volvamos a dejar caer la espada. Como el viejo Shaml de Circasia, somos los cubanos todos —¡húndase lejos de nosotros el que no lo sea!— cuando vemos vivo o veneramos muerto a uno de aquellos batalladores maravillosos que sin más paga que la virtud ni más sabiduría que la que le improvisó el genio natural —¡donde hay valor hay academias!—, ni más defensa que la que le pone al pecho el desdén de la muerte, pelearon año sobre año por nuestra honra y por nuestra salvación, de tal modo, que están ya, para toda la vida, como ungidos y consagrados. La caridad es nuestro corazón. La razón es nuestro escudo. La lanza, la que recogimos de la mano de nuestros muertos. Obra de hombre, prometemos. Si el clarín suena allá, con todo lo que tengamos hecho, iremos a donde nos llame el clarín. Aquí, de pueblo en pueblo, sin que el corazón se nos fatigue ni nos espanten los años, paseamos el fuego insepulto, como enseña que ha de juntar, con ayuda de todos los amigos de la libertad, a los cubanos fieles, esparcidos al viento del mundo; y levantaremos en brazos de la América libre, nuestra patria buena y grande”.

Hemos reproducido estos pasajes de dos discursos famosos, más que para evidenciar la lucidez y alcance de la mirada de Martí, más que para exponer su carácter como propagandista y político de acción, para poner de relieve su fe profunda en las virtudes cívicas de su pueblo, la noble sinceridad de sus propósitos revolucionarios, el tono profético de sus arengas, acreditado con creces con los sucesos acaecidos después del histórico 24 de febrero de 1895, y cómo desde que inició su campaña tribunicia se impuso el deber de dar él primero el ejemplo de trocar el acero de la pluma por el acero de la espada del guerrero. Todavía en el mes de marzo, días antes de salir para Cuba, en compañía del general Máximo Gómez, escribía en Montecristi (República Dominicana) a su amigo el señor Federico Henríquez y Carvajal:

“Escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud, puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte; si nos espera en la tierra o en el mar, en compañía del que, por la obra de mis manos y el respeto de la propia suya y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y

feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo —aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil como afuera— cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir, y no empezó por poner en riesgo su vida. Yo evoqué la guerra; mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí, la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio; hay que hacer viable e inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella: si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvaron la independencia de nuestra América y el honor, ya dudoso y lastimado, de la América inglesa, y acaso aceleraran y acaso fijaran el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, usted, con sus canas juveniles, y yo, a rastras, con mi corazón roto. De Santo Domingo, ¿por qué no le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano? ¿Y hay quien lo sea mejor que usted? Y Gómez, ¿no es cubano? Y yo, ¿qué soy y quién me fija suelo? Yo obedezco, y aun diré que acato, como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano, y no tengo más hermanos que los que me la aman. Levante bien la voz, que si caigo, será también por la independencia de su patria”.

#### IV

Acaso el homenaje más grato a los manes de un desaparecido sea la revelación de su espíritu, en la realidad de sus cualidades y

en el concierto de su conciencia y de su obra. Esto no es un panegírico ni siquiera una semblanza. Para lo primero nos falta serenidad; para lo segundo necesitaríamos el tiempo y la labor que demanda un libro. Es una impresión, un haz de reminiscencias y emociones que deponemos como corona de adelfas sobre el sepulcro del hombre ilustre que tuvo en estas columnas cátedra y tribuna, y que tuvo el don de hacerse amar, de mover los corazones hacia su egregia personalidad y hacia la causa por que ofrendara su preciosa vida.